



Palabras y diccionarios Entrevista a Pedro Álvarez de Miranda

David Prieto García-Seco
Universidad de Murcia

Pedro Álvarez de Miranda de la Gándara nació en Roma en 1953. Hizo los estudios primarios y secundarios en el Colegio “Estudio” de Madrid. Cursó una doble licenciatura, en Lingüística Hispánica y en Literatura Hispánica, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid, donde se doctoró en Lingüística Hispánica bajo la dirección de Rafael Lapesa Melgar, con la tesis *La formación del léxico de la Ilustración en España durante la primera mitad del siglo XVIII (1680-1760). Contribución a su estudio*. En virtud de concurso-oposición, en 1977 ingresó en el Cuerpo de Profesores Agregados del Bachillerato (Lengua y Literatura Españolas) y fue destinado entonces al I. B. “Santamarca”. Dos años más tarde, merced a concurso de traslado, su nuevo destino fue el I. B. “Emilia Pardo Bazán”, donde permaneció hasta 1982, fecha en que fue destinado en comisión de servicio al Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española. Al año siguiente ingresó en el Cuerpo de Catedráticos de Bachillerato (Lengua y Literatura Españolas), y pasó a la situación de excedencia voluntaria en él. Simultáneamente se dedicó tanto a la redacción de su tesis doctoral, defendida en 1990, como a las tareas de redacción del *Diccionario histórico de la lengua española* llevadas a cabo en el Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española. En 1990 fue contratado como Profesor Asociado en el Departamento de Filología Española de la Universidad Autónoma de Madrid y en 1992 obtuvo plaza de Profesor Titular de Lengua Española en él. Más adelante, en la primera convocatoria celebrada (2003), obtuvo la habilitación nacional como catedrático, requisito

para la consecución, en 2007, de una cátedra en Lengua Española en la misma universidad.

Su investigación, desarrollada desde los años ochenta, gravita principalmente en torno a dos disciplinas: la historia del léxico español y la historia cultural española del siglo XVIII. En su formación filológica —y concretamente en su especialización como lexicógrafo—, fueron determinantes los trece años (1982-1995) en que perteneció al Seminario de Lexicografía de la Academia, encargado de la redacción del *Diccionario histórico de la lengua española* bajo la dirección, sucesivamente, de Rafael Lapesa y Manuel Seco. Álvarez de Miranda fue Redactor, Redactor especial —esto es, jefe de uno de los equipos de redacción— y, finalmente, Subdirector (desde 1993, en funciones de Director). Entre sus obras consagradas a la historia del léxico y a la historia de los diccionarios españoles destacan, respectivamente, las dos siguientes: *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)* (1992; galardonada con el Premio Rivadeneira de la Real Academia Española) y *Los diccionarios del español moderno* (2011), donde se ofrece un panorama histórico y crítico de la lexicografía española desde el *Diccionario de autoridades* (1726-1739) hasta el *Diccionario del español actual* (1999). Además de dichas obras y otras ediciones, ha publicado más de un centenar de trabajos de investigación sobre Historia del léxico, Lexicografía, Lexicología, Historia de la lexicografía española, Historia de la lengua, Historia de la Real Academia y Gramática histórica. Con respecto al ámbito de la historia literaria y cultural, Álvarez de Miranda ha prestado especial atención al siglo XVIII español y, particularmente, a la literatura utópica, la literatura de viajes, la novela o la traducción. A este campo pertenecen sus distintos estudios sobre Feijoo, Torres Villarroel, Mayans, Luzán, Moratín padre, Cadalso, Forner o Cienfuegos.

A propuesta de los académicos Manuel Seco, Eduardo García de Enterría y Carmen Iglesias, el 22 de abril de 2010 fue elegido miembro de número de la Real Academia Española, y el 5 de junio de 2011 tomó posesión de la silla *Q* de ella, con un discurso titulado *En doscientas sesenta y tres ocasiones como esta*, cuya contestación corrió a cargo de Manuel Seco. Ha dirigido la vigesimotercera edición del *Diccionario de la lengua española* (2014) y la Escuela de Lexicografía Hispánica, y durante ocho años ha desempeñado el cargo de Bibliotecario.

Las señas de identidad de sus maestros, Rafael Lapesa y Manuel Seco, han conformado la carrera investigadora de Álvarez de Miranda y se han manifestado continuamente en todos sus trabajos, que, desde el carácter profunda y rigurosamente filológico del autor, son fieles al imperativo de la obra bien hecha.

DAVID PRIETO GARCÍA-SECO¹: *Todos reconocemos la labor fundamental que los maestros tuvieron en distintos períodos de nuestra formación. ¿Cuáles fueron los tuyos durante los estudios primarios y secundarios?*

PEDRO ÁLVAREZ DE MIRANDA: Vistas las cosas desde la perspectiva que dan los años, he de reconocer que he tenido mucha suerte en la vida, por el ambiente en que crecí y por la formación que recibí. Desde la escuela primaria hasta el Curso Preuniversitario fui alumno del Colegio “Estudio”, un centro educativo que heredaba en cierto modo el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza y del Instituto Escuela (en el que había estudiado mi madre).

En “Estudio” era especialmente valiosa la formación en las asignaturas de Humanidades. Recuerdo, por ejemplo, que en 2.º curso del Bachillerato llamado “Elemental” tuve como profesora de Historia a Jímena Menéndez Pidal.

Era preciso elegir entre Ciencias y Letras al llegar a 5.º, primer curso del Bachillerato Superior. Y yo, con muchas dudas, opté por las Ciencias.

Me influyeron de manera muy especial, para un cambio de rumbo, los profesores de Literatura que tuve en 6.º y en Preuniversitario, que fueron, respectivamente, Antonio Carreira y Jesús Antonio Cid, ambos entonces muy jóvenes y hoy todavía maestros y amigos míos. Sin olvidar a la profesora de Literatura de 5.º (un pequeño ‘lujo’ de “Estudio”, pues no había tal asignatura en el plan oficial), la encantadora doña Carmen García del Diestro, que algunos acaso recordarán porque ha tenido cierta “vida” literaria en varias novelas de Javier Marías, dos años mayor que yo y alumno del mismo colegio. Excelente profesor de Filosofía fue Helio Carpiñero Capel, con quien sigo teniendo amistad; o José Antonio de Zulueta, que lo fue de Geografía (disciplina más humanística de lo que algunos acaso crean).

¹ Cursó la licenciatura de Filología Hispánica en la Universidad Autónoma de Madrid (1999-2003), donde se doctoró en 2011 con la tesis *La creación léxica en Tirso de Molina. Contribución al estudio histórico del léxico español*, dirigida por Pedro Álvarez de Miranda. Esta tesis, que recibió la máxima calificación del tribunal que la juzgó, fue galardonada posteriormente con el Premio Extraordinario de Doctorado. En mayo de 2008 ganó una plaza de Ayudante en el Departamento de Lengua Española y Lingüística General de la Universidad de Murcia, donde ocupa actualmente el puesto de Profesor Titular de Universidad. Sus principales líneas de investigación son la historia del léxico español y la historia de la lexicografía española. Entre sus publicaciones destacan los libros *Cuatro siglos de lexicografía española. La recepción de Tirso de Molina en los diccionarios del español* (2014) y *Un eslabón recuperado de la lexicografía española. La reimpresión retocada del Diccionario académico de 1780* (2021). <https://webs.um.es/davidprieto/miwiki/doku.php>.

En ese clima (totalmente de Letras en casa, una casa bien surtida de libros) y con esos antecedentes, era casi inevitable que mi precaria elección de la rama de Ciencias se tambaleara. Recuerdo no con angustia pero sí con algo de cabreo sordo los meses finales del Preu, en que tuve que estudiar como un loco Matemáticas, Física y Química cuando en mi fuero interno (aunque no lo había manifestado a nadie) sabía que aquello no iba a ser lo mío.

D.P.G.-S.: *Cursaste estudios universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid. ¿Qué destacarías de aquellos años? ¿Qué asignaturas dejaron una mayor huella en tu formación universitaria?*

P. Á. M.: Fueron los años que van de 1970 a 1975, es decir, los últimos cinco años del franquismo. El dato basta para entender que el clima de la universidad fuera de mucha agitación y gran tensión política. Huelgas aparte, las clases de las primeras horas de la mañana se daban con relativa normalidad, pero a partir de mediodía no era nada infrecuente que se suspendieran por una asamblea, una manifestación, un desalojo policial...

En la carrera, en principio, no hubo dudas similares a las de los años previos. Tenía muy claro que después de los dos años de los Estudios Comunes haría Filología. Pero sí surgió otra decisión imprevista. Hasta poco antes, quienes querían dedicarse a la lengua y la literatura españolas tenían como única opción la especialidad de Filología Románica. Pero acababa de introducirse una nueva especialidad, la de Filología Hispánica, con dos “subsecciones” o subramas: la de Lingüística Hispánica y la de Literatura Hispánica. Y ahí, de nuevo, dudas. ¿Cuál de las dos iba a cursar? La cosa se resolvió eligiendo las dos, algo que entonces era posible: me matriculé como alumno oficial en Lingüística y como alumno libre en Literatura. Muchas asignaturas, comunes a ambas ramas, me servían para ambas. Y había pequeños trucos para que la carga no fuera tan pesada: si había que elegir una asignatura optativa para Lingüística, podía ser una de las troncales de Literatura, de modo que esa era mi elección, y a la inversa. Con algunas asignaturas yo estaba, digámoslo así, matando dos pájaros de un tiro. No por el afán de tener dos títulos (que en efecto los tengo), sino por incapacidad de renunciar a estudios que me gustaban por igual. Ello supuso enfrentarme cada año a una buena cantidad de exámenes y trabajos, pero entre junio y septiembre lo fui sacando todo adelante.

¿Por qué cursé Lingüística como alumno oficial y Literatura como libre y no al revés? Había una razón poderosa: el profesor de

Historia de la lengua en Lingüística era don Rafael Lapesa. Creo que eso lo dice todo.

Me preguntas qué asignaturas me dejaron huella. Contestaré mejor con los nombres de los profesores que la dejaron en mí. En primerísimo lugar, desde luego, Lapesa. También, Andrés Amorós, profesor de Literatura, buen amigo de mi madre y en cierto modo mentor mío, orientador de mis lecturas filológicas, por lo que le estoy muy agradecido. También, un excelente profesor de Historia, Julio Valdeón, en 1.º de Comunes. O Sebastián Mariner, profesor de Latín Vulgar. O Fernando de la Granja, de Árabe. (Como yo venía de Ciencias, además de sufrir de lo lindo con el Latín de 1.º y de 2.º, no podía cursar Griego, de modo que me refugí en el Árabe, en que se partía de cero... y que he olvidado casi por completo).

D.P.G.-S.: *Con veintidós años, concluidos tus estudios de licenciatura, empezaste a dar clases en distintos centros. ¿Qué recuerdas de aquellos años, de aquella experiencia inicial como profesor?*

P. Á. M.: Tengo buen recuerdo de mis años de profesor de Bachillerato. Vistas las cosas desde el presente, asignaturas como la de Lengua y la de Literatura del COU de entonces (estaban separadas, después se unieron) tenían un nivel bastante alto. Creo que siempre tuve vocación docente. Y también investigadora. Ahora bien, si tiempo atrás había sido relativamente factible para un profesor de Bachillerato conciliar una y otra, eso se fue haciendo cada vez más difícil, y me generaba cierta angustia. Sobre todo, por la inevitable lentitud con que avanzaba la tesis. Se había abierto un foso casi insalvable, y a mi modo de ver injusto, entre la enseñanza media y la enseñanza universitaria. Es significativo que a aquella se la empevara a denominar “enseñanza no universitaria”.

D.P.G.-S.: *El magisterio de don Rafael Lapesa fue determinante en tu formación académica y en toda tu trayectoria filológica posterior. Sería muy interesante conocer la relación alumno-maestro que mantuviste con él. ¿Te dio clases? ¿Cómo eran sus clases? ¿Qué te empujó inicialmente a pedir a don Rafael que dirigiera tu tesina de licenciatura? ¿Cómo recuerdas las reuniones que mantenías?*

P. Á. M.: Don Rafael Lapesa era un profesor ejemplar. Sus clases de Historia de la lengua en la licenciatura estaban dedicadas a la morfosintaxis del sintagma nominal. Y la del sintagma verbal quedaba para un curso de doctorado. ¡Repartía a los alumnos separatas o fotocopias de trabajos suyos! Las clases eran los martes, jueves...

¡y sábados! (por increíble que esto último pueda ahora parecernos). Y en el curso de doctorado lo que estábamos oyendo estaba rigurosamente inédito. Puede asegurarse que si don Rafael no llegó a culminar su gran proyecto de hacer una Sintaxis histórica fue, en buena medida, por su entrega a la docencia, y también a la Real Academia Española.

En su relación personal conmigo se daba una circunstancia curiosa. Él, naturalmente, llamaba a los alumnos de usted. Pero a mí me conocía desde niño, y me tuteaba. Pero a veces, cuando iba a hablar con él a su despacho, o a su casa, a menudo se armaba un lío, me llamaba de usted, pero cuando se daba cuenta se corregía a sí mismo y pasaba al tú. Eso me daba a mí bastante apuro; le decía: “No se preocupe, don Rafael, lo que le resulte más cómodo”.

Hay que tener en cuenta que yo hice la tesina en 1977, un año antes de que él se jubilara, en 1978. Eso quiere decir que la tesis, que no defendí hasta 1990, me la dirigió prácticamente toda ella estando ya jubilado. Entonces, me recibía en su casa. No solo a mí, desde luego, también a muchos otros discípulos.

No dudé un momento en que quería que fuera Lapesa quien me dirigiera tanto la tesina como después la tesis. Al terminar la licenciatura fui a hablar con él. Con mi permanente doble interés por la lengua y la literatura, le dije que quería hacer algo no estrictamente lingüístico, sino a caballo entre ambas. Me propuso que estudiara el léxico de Feijoo. Acepté, sin saber en ese momento, desde luego, que las obras del benedictino (*Teatro crítico* y *Cartas eruditas*) ocupaban trece tomos.

D.P.G.-S.: *Terminada la tesina, la dirección de don Rafael Lapesa continuó cuando comenzaste la elaboración de tu tesis doctoral, ahora con el consejo de un nuevo maestro, don José Antonio Maravall. ¿Cuáles son las aportaciones fundamentales que el magisterio de Maravall proporcionó a tu tesis?*

P. Á. M.: Una vez más he de decir que he sido muy afortunado. La amistad de don José Antonio Maravall con mis padres (y después de fallecer mi padre, con mi madre) había sido muy estrecha. Todos los veranos pasábamos alguna tarde en la casa que tenía el matrimonio Maravall en Las Navillas de Riofrío. De manera que a Maravall yo le conocí desde niño y... ¡le tuteaba! (Esto del tú y el usted parece hoy detalle insignificante, pero entonces no lo era).

Para una tesis como la mía, a caballo entre la historia de la lengua y la historia de las ideas, contar con el consejo personal, la orientación de lecturas y el magisterio personal de Maravall fue decisivo. Se da la curiosa circunstancia añadida de que Lapesa y Maravall

vivían... ¡en el mismo edificio!, el número 3 de la llamada “profesora” (en la calle del Ministro Ibáñez Martín, en Moncloa). Alguna vez hubo en que después de hablar con don Rafael en su casa, en la planta baja, subía al 3.º a hablar con Maravall.

Ocurre, además, que, si bien la atención al siglo XVIII de don José Antonio Maravall no había sido antes muy amplia, por esas fechas sí empezó a serlo. Yo seguí aquel proceso muy de cerca. Dirigía él por entonces la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*, en la que salió un artículo mío derivado de la tesis, y en la que publiqué numerosas reseñas que él me encargaba.

Era, repito, un privilegio. ¿Cómo no iba a dedicar conjuntamente a ambos el libro que salió de mi tesis?

D.P.G.-S.: *Sabemos que desde muy joven asistías con tu madre a distintos discursos de ingreso en la Academia, pero hubo uno que particularmente fue decisivo para ti, el de don Manuel Seco. ¿Qué significó para ti oír este discurso?*

P. Á. M.: En efecto, desde bastante joven asistí a algunos actos de ingreso en la Academia con mi madre. Recuerdo haber estado en el de Tovar y el de Moñino, en 1968, con 14 o 15 años yo. Por casa había unos cuantos discursos.

Curiosamente, al de Manuel Seco no asistí, pero cuando me enteré de su contenido por la prensa (su título era *Las palabras en el tiempo: los diccionarios históricos*) me pareció interesantísimo. Conseguí un ejemplar, lo leí con entusiasmo, pedí a Lapesa que me pusiera en contacto con don Manuel, fui al Seminario de Lexicografía a hablar con él. Así empezó una relación de amistad, y de magisterio suyo, que llevó a que me propusiera pasar a formar parte en comisión de servicio (situación en la que él mismo, catedrático de instituto, ya estaba) de dicho Seminario, al que me incorporé en 1982.

D.P.G.-S.: *Al trabajo de redacción del Diccionario histórico de la lengua española en el Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española dedicaste trece años de tu vida. ¿Qué recuerdas de este periodo? ¿Qué supuso para ti? ¿Cómo se llevaban a cabo los trabajos del Histórico? ¿Podrías poner algunos ejemplos de palabras de las que te ocupaste?*

P. Á. M.: Fueron años absolutamente decisivos para mí, supusieron el aprendizaje diario de la lexicografía, la familiarización con los fondos de la biblioteca de la Academia, con los ficheros y, sobre todo, el privilegio (una vez más) de aprender guiado por Seco.

Conseguíamos publicar un fascículo cada dos años. Era muy poco, ciertamente, pero el equipo era menguado, los materiales

incompletos, el nivel de autoexigencia muy alto. El orden alfabético es inexorable, y por aquellos años nos tocó enfrentarnos a artículos y familias léxicas en verdad morrocotudos. Échese un vistazo a artículos como los dedicados a *alto*, *allí*, *amor*, *andar*... Las palabras con el prefijo *anti-* fueron todo un reto.

Pero ni en la sociedad española ni —debo decirlo— en la Academia misma había gran interés por la colosal obra. Don Manuel se jubiló en 1993 y dejó el Seminario. Por fuerza debía dirigirlo un académico, y como no lo había, se me encomendó ser director en funciones. Era el principio del fin. La agonía concluyó en 1996 con el cierre del Seminario y el abandono, por la Academia, de la obra. En el horizonte, y en la misma vida cotidiana, había aparecido de modo fulgurante una novedad: la informática, los ordenadores, el internet incipiente. Se extendió la impresión —por la que, y asumo la inmodestia de asegurarlo, no me dejé personalmente arrastrar— de que todo aquello iba a ser una revolución beneficiosísima, casi una panacea; poco menos, que las máquinas iban a hacerlo todo, arrumbando los procedimientos hasta entonces artesanales de la lexicografía.

Por supuesto que la revolución fue beneficiosa. A la vista está. Pero la redacción de un artículo lexicográfico a partir de una determinada cantidad de textos y testimonios sigue siendo, hoy por hoy, tarea para un cerebro humano. No sé si la Inteligencia Artificial podrá suplirla en esto.

A título de curiosidad, y volviendo al *DHLE* de 1960-96, contaré que entre quienes trabajábamos en él circulaba la broma de que yo me había convertido en el especialista del equipo en las llamadas “palabras fantasma” (también acepciones fantasma). Ciertamente, muchas me “cayeron” a mí, pero por pura casualidad. Recuerdo la emoción con que le trasladé a don Manuel Seco el descubrimiento de la primera de ellas, la presunta palabra *amarrazón*, resultado de una fatídica cadena de erratas en diversas ediciones del *Quijote*: *la amarra con > la amarraón > la amarrázón*. Hay más fantasmas léxicos en el diccionario de la Academia de lo que la gente piensa. Luego vinieron otras, como un inexistente adjetivo *amenoso* que supuestamente habría empleado Lope.

D.P.G.-S.: *Desde hace veinte años la Academia acomete el que es el tercer intento de Diccionario histórico, un diccionario que la propia institución ha llamado en múltiples ocasiones “nativo digital”. ¿Qué podrías decirme de esta obra, cuya edición en papel ha sido presentada recientemente en Arequipa, en el X Congreso Internacional de la Lengua Española?*

P. Á. M.: Esta pregunta me la haces en un momento de notable confusión. Muchos años después de cerrar la Academia el *DHLE* de 1960-1996 empezó a publicarse en línea un “Nuevo Diccionario Histórico Español” que ahora también se ha abandonado, volviendo a la denominación originaria: Diccionario Histórico de la Lengua Española.

Muy recientemente se han publicado nada menos que diez tomos en papel que incluyen en primer lugar, en los tres tomos primeros, los 23 fascículos publicados del *DHLE* de 1960-1996 (algo en verdad innecesario, pues se podían y se pueden consultar cómodamente en la página web de la Academia), más siete tomos de un “avance” de lo que llamas “tercer intento de Diccionario histórico”.

Pero ¿no estábamos ante un diccionario “nativo digital”? ¿Qué sentido tiene hacer una edición en papel? Yo no lo veo. Cualquier adición o enmienda que quiera hacerse a lo publicado, y será inevitable hacerlas, lo dejará inmediatamente obsoleto.

D.P.G.-S.: *Puede decirse que tu dilatada actividad investigadora, de más de cincuenta años, ha girado en torno a dos disciplinas: la historia del léxico español (y la de sus diccionarios) y la historia cultural del siglo XVIII español. Antes de hablar de algunos trabajos particulares sobre la historia de nuestro léxico o de nuestros diccionarios, me gustaría que me dijeras, respecto de la segunda disciplina, cuáles son las aportaciones que consideras más importantes.*

P. Á. M.: Si alguna vez me he referido a “historia cultural” es porque, especialmente en el XVIII, el concepto de *literatura* cambia notablemente y puede tornarse equívoco. En todo caso, por lo que a mí se refiere, no creo haber hecho aportaciones importantes en ese terreno. De la producción del llamado Siglo de las Luces lo que más me ha interesado es la prosa, desde luego, la prosa “de ideas”, el ensayo (no en vano Feijoo es considerado uno de los padres de tal género). También me he acercado a las utopías, que me llevaron asimismo a los libros de viaje. Me interesé ocasionalmente por Luzán, por Mayans, por Moratín padre, por Cadalso...

D.P.G.-S.: *Atendamos ahora a tus trabajos de historia de la lengua, y concretamente a los dos campos que más has cultivado: la historia del léxico español y la historia de la lexicografía española. ¿Qué estudios destacarías? ¿Con cuáles te sientes más satisfecho?*

P. Á. M.: Es muy difícil contestar a preguntas como esta. Sí me importa aclarar que detecto una cierta hipertrofia de los trabajos sobre historia de la lexicografía (esto es, de los diccionarios) en

detrimento de lo verdaderamente importante, que es la historia del léxico. ¿Y a qué se debe? Indudablemente, a que esta última es más difícil que aquella. El acceso digital a fuentes lexicográficas (ahí está, sobre todo, el magnífico *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española*) ha sido beneficiosísimo, no cabe dudarlo. Pero también ha favorecido un “descriptivismo” de los diccionarios que en no pocas ocasiones me viene pareciendo un tanto simplista, incluso inane.

D.P.G.-S.: *El 22 de abril de 2010, a propuesta de los académicos Manuel Seco, Eduardo García de Enterría y Carmen Iglesias, fuiste elegido para formar parte de la Real Academia Española y el 5 de junio de 2011 tomaste posesión de la silla Q. ¿Cuál ha sido tu labor en la Academia desde entonces? ¿Destacarías alguna(s) actividad(es) especialmente?*

P. Á. M.: Mi labor fundamental ha sido la dirección de la vigesimotercera edición del “diccionario común”, publicada en papel en 2014: la Edición del Tricentenario. Por primera vez la Academia ha favorecido que sea conocido con una sigla, *DLE*, abandonando la tradicional y en cierto modo “oficiosa”, *DRAE*, que no respondía al título de la obra y además dejaba fuera el trabajo de las Academias de Hispanoamérica.

Por lo demás, fui elegido en dos cuatrienios consecutivos Académico Bibliotecario (el cargo, en mi sentir, más bonito en la institución, como que la Biblioteca es tal vez la gran joya de ella) y he dirigido la Escuela de Lexicografía Hispánica, de la que sigo siendo profesor.

D.P.G.-S.: *Los lectores de tus trabajos sabemos que, además de los dedicados al ámbito más puramente académico, en los últimos quince años has potenciado lo que podemos llamar articulismo de divulgación. ¿Qué nos podrías decir de esta colaboración con revistas divulgativas o con periódicos de tirada nacional?*

P. Á. M.: En efecto, últimamente he cultivado bastante ese tipo de artículos no ‘académicos’, no universitarios. Para entendernos: sin notas a pie de página. Hacer divulgación de cierta calidad en el terreno filológico no es fácil, pero tampoco imposible. Y he de matizar que en muchos casos no se ha tratado en realidad de *divulgar* hechos que eran conocidos por los especialistas, sino realmente de investigarlos *ex novo* para a continuación divulgarlos.

A ese perfil responden los ya bastantes artículos escritos para la revista electrónica *Rinconete* del Centro Virtual Cervantes, para los periódicos *El País* y *ABC*, para el suplemento *La Lectura* y ahora mismo para *El Cultural*. Confieso que es un reto que me atrae,

seguramente porque sabemos que los trabajos de corte universitario, académico, no suelen alcanzar muchos lectores, y estos otros, si no muchos, sí, al menos, algunos. Estos articulitos han aparecido recogidos después en un par de libros.

D.P.G.-S.: *Después de treinta y cuatro años en la Universidad Autónoma de Madrid, en 2024 llegó tu jubilación, a pesar de que sigues vinculado con esta universidad al haber sido nombrado Catedrático emérito. ¿Cuáles son tus planes ahora? ¿Sobre qué te apetece escribir?*

P. Á. M.: Estoy muy agradecido a la UAM por haberme hecho emérito. Y grandes planes no tengo. Me gustaría seguir participando en algún encuentro universitario (el año próximo, 2026, será el centenario del *Diccionario de autoridades* y del comienzo de la publicación del *Teatro crítico* de Feijoo) y desde luego con los articulitos de divulgación.

Frente a la “jubilación forzosa” a la que por edad en un determinado momento se llega en la Universidad, la condición de académico, en cambio, es vitalicia (aunque los de la Española nunca hayan sido tan presuntuosos como para llamarse “inmortales”, al modo de los de la Académie française).

Lo que uno pueda llegar a hacer a partir de un momento de la vida como el que hace poco he alcanzado dependerá fundamentalmente de la salud.

